

X.

Aquella noche, y despues de quedar en su último asilo el cuerpo de la Condesa, salieron de Lyon Antonieta y Julia, deseosa aquella de perder de vista lo ántes posible á sus desnaturalizados hermanos.

Carolina ni siquiera se despidió de ellos. Julia habia hecho paquetes de sus vestidos y de algunas alhajas que debia al cariño maternal, y los habia encerrado en dos cofres, única cosa que se llevó, con la preciosa caja que acreditaba su nacimiento y la propiedad de su escasa renta.

Las dos hermanas se dirigieron primero á Paris, y Antonieta escribió á su marido que lo hacia así para no dejar abandonada á su jóven hermana y buscarle una colocacion honrosa.

El primer pensamiento de Julia habia sido arrepentirse, por no haberse refugiado en casa de la honrada familia Lespinasse, cuyo apellido llevaba; pero Antonieta, que deseaba para su hermana otra suerte más brillante, la disuadió de semejante idea.

—¿Cuál será allí tu colocacion? le dijo; te casarás

X.

Aquella noche, y despues de quedar en su último asilo el cuerpo de la Condesa, salieron de Lyon Antonieta y Julia, deseosa aquella de perder de vista lo ántes posible á sus desnaturalizados hermanos.

Carolina ni siquiera se despidió de ellos.

Julia habia hecho paquetes de sus vestidos y de algunas alhajas que debia al cariño maternal, y los habia encerrado en dos cofres, única cosa que se llevó, con la preciosa caja que acreditaba su nacimiento y la propiedad de su escasa renta.

Las dos hermanas se dirigieron primero á Paris, y Antonieta escribió á su marido que lo hacia así para no dejar abandonada á su jóven hermana y buscarle una colocacion honrosa.

El primer pensamiento de Julia habia sido arrepentirse, por no haberse refugiado en casa de la honrada familia Lespinasse, cuyo apellido llevaba; pero Antonieta, que deseaba para su hermana otra suerte más brillante, la disuadió de semejante idea.

—¿Cuál será allí tu colocacion? le dijo; te casarás

á lo más, con algun honrado comerciante; no, no es eso lo que nuestra madre deseaba para tí, y tampoco lo deseo yo; ¿no irias de mejor gana á cuidar de la educacion de los hijos de nuestra prima Amelia? El cargo de institutriz, para cuyo desempeño eres tan apta, por su talento y brillante educacion, tiene crecidos honorarios; y, además, en casa de Mad. de Vichy tratarás de continuo á personas de distincion, cuyas relaciones podrán serte muy útiles.

—Si Amelia me desea en su casa, contestó Julia con dulzura, no puedo pensar en un asilo mejor; ¿pero seré yo capaz de dirigir la educacion de sus hijos? Yo creo, hermana mía, que tú me juzgas, al creerlo así, con demasiada benevolencia.

Antonietta, segura de la aptitud de la jóven, escribió aquel mismo dia á su prima, y Mad. de Vichy puso á la disposicion de Julia su casa, invitándola á que fuese á encargarse de la educacion de sus hijos con una regular pensión.

Dos dias pasaron en París las dos hermanas, al cabo de los cuales, Julia tuvo que decidirse á emprender sola el camino de Borgoña.

Mas ¡ay! al ir á buscar el cofrecito que contenia los documentos que acreditaban su nacimiento, no lo encontró. Antonietta la amaba sin duda alguna; pero amaba tambien á sus demás hermanos, y, sobre todo, amaba á sus hijos; temia que Julia pudiese reclamar algun dia la sucesion de su madre, y se apo-

deró de los papeles; no obstante, en el sitio que ocupaba el cofrecito, estaba, bajo un sobre, el duplicado de la inscripcion de la renta, propiedad exclusiva de Julia, como legado de su abuela paterna.

Julia salió de París, sin que preguntase á su hermana por sus papeles; era altiva y se hubiera desdenado de hacerlo; pero, desde aquel dia, juró que no la miraría más que como á una extraña; juró que se bastaría á sí misma, y renunció á todos los lazos de la familia y de la sangre, sin conservar otro recuerdo grato y dulce que el que dedicaba á su madre.

La humilde ciudad de M.... en Borgoña, que era donde habitaba Amelia, y donde su esposo ejercía el cargo honorífico de presidente del Parlamento, ofreció á Julia una morada tranquila.

Mad. de Vichy tenía dos niñas y un niño que contaban respectivamente diez, nueve y siete años.

La casa del Presidente, era la más espléndida de la ciudad; su servidumbre la más numerosa y tenía carruaje; no obstante, Julia fué relegada á un segundo piso aislado y frío, y no por falta de consideración de su prima, sino por disposición de su esposo, hombre duro é intratable, que había llevado muy á mal la admisión de Julia en su casa, pues deseaba que únicamente su esposa estuviese encargada de la educación de sus hijos, y creía que este era el deber de una madre.

Pero Amelia, cuya salud era muy delicada y que quería proporcionar un asilo á su joven parienta, se desentendió de las opiniones de su marido, y abrió

La humilde ciudad de M.... en Borgoña, que era donde habitaba Amelia, y donde su esposo ejercía el cargo honorífico de presidente del Parlamento, ofreció á Julia una morada tranquila.

Mad. de Vichy tenía dos niñas y un niño que contaban respectivamente diez, nueve y siete años.

La casa del Presidente, era la más espléndida de la ciudad; su servidumbre la más numerosa y tenía carruaje; no obstante, Julia fué relegada á un segundo piso aislado y frío, y no por falta de consideración de su prima, sino por disposición de su esposo, hombre duro é intratable, que había llevado muy á mal la admisión de Julia en su casa, pues deseaba que únicamente su esposa estuviese encargada de la educación de sus hijos, y creía que este era el deber de una madre.

Pero Amelia, cuya salud era muy delicada y que quería proporcionar un asilo á su joven parienta, se desentendió de las opiniones de su marido, y abrió

las puertas á la huerfanita, que se hallaba entonces próxima á cumplir los diez y siete años.

A pesar de la buena voluntad de Mad. Vichy, era tanto lo que temía á su marido, que no se atrevía á demostrar á su joven prima, no digo cariño, sino ni aún leves deferencias; recién llegada Julia, comía á la mesa de la familia; pero el mal humor del dueño de la casa, y la violencia en que estaba, eran tan visibles, que pidió como un favor á su prima que se la sirviese en su habitación, donde comería con los tres niños.

—¡Ay, querida mía! exclamó Amelia; ¿y piensas acaso que mi marido permitirá que sus hijos coman en otra mesa que la suya? No, por cierto; en el caso de que no quieras comer con nosotros, tienes que reducirte á la soledad.

—Por triste que sea, repuso Julia, la prefiero al disgusto continuo de ver que molesta mi presencia, y desde hoy comeré sola.

Mr. de Vichy había prohibido á su mujer y sus hijos que tratasen á Julia como parienta, diciendo que él la miraba sólo como una intrusa en la noble familia Albon.

—¿Qué pluma podría imitar el lento suplicio á que se vió condenada aquella criatura, á la que eran tan precisas las expansiones para vivir, como el aire para respirar?

—¿Cómo describir las torturas del completo y abso-

luto aislamiento, cuando la sávia de la juventud llena las venas, cuando las ilusiones llenan la mente!

Julia vivía rodeada de hielo, y su fuego interior la consumía; había soñado en el amor, la amistad, y nada conocía, y los fantasmas evocados en sus sueños, hacían de ella como el humo que va á perderse en el cielo.

Miraba al rededor suyo, y no hallaba á quien amar, ni de quién ser amada; la soledad moral la consumía; el aislamiento la anonadaba; en vano procuraba apearse á aquellos niños, cuya educación la habían confiado; en vano trataba de ganarse el afecto de Amelia; el cariño de sus educandos era harto débil é insignificante para lo que su gigante corazón necesitaba, y Amelia, fría por temperamento, y cohartada además por el excesivo temor que le imponía el carácter de su esposo, no respondía al ánsia de cariño que vivía en Julia.

Así pasaron cuatro años; la señorita Lespinasse vivió durante ellos en el más completo retiro, pues aunque al salón de Mr. y Mad. de Vichy acudían las personas más notables de la población, Julia jamás se presentaba en él, y dedicada enteramente á los tres niños, pasaba con ellos las primeras horas de la noche, y las dos ó tres que la quedaban en la soledad, hasta que llegaba la de recogerse, las empleaba en el estudio, único y fiel amigo que le quedaba y que no es jamás ingrato.

Los habitantes de M. L. conoçian á aquella jóven de verla en la iglesia, ó paseando con los hijos del Presidente; admiraban todos su exquisita elegancia, la belleza de su rostro, y el aire de melancolía que se advertia en toda su persona; pero jamás la veian ni en el teatro, ni en ninguna otra de las diversiones que, aunque en corto número, ofrece de vez en cuando una poblacion de alguna importancia.

De este modo trascurrieron los primeros y más floridos años de aquella desgraciada juventud.

Un día notó Julia un inusitado movimiento en la casa; los criados iban y venian con aire afanado; la camarera de la Presidenta se ocupaba en arreglar la mejor habitacion del piso principal, y la misma Amelia se mezclaba en los preparativos, sacaba de los armarios la vajilla de plata antigua, herencia de la familia de su marido, y los manteles más ricos de Flándes.

Julia, aunque no era curiosa, se admiró ante semejantes preparativos, y preguntó á la criada, destinada al servicio de sus educandas, si se esperaba á algun huésped en la casa.

—Y tanto como esperamos, señorita, respondió la camarera; nada ménos que á la señora marquesa Du-Deffant, hermana del señor; una de las damas más consideradas en París, pero que está ciega.

—¡Ciega! ¡Qué desgracia! exclamó Julia; ¿y es anciana?

—Tiene más años que el señor, y raya en los cincuenta, poco más ó ménos; pero, aunque no ve, está acostumbrada á tanto lujo y delicadezas, y es tan fino su tacto, que todo es poco para contentarla, y los señores desean que lo pase lo mejor posible durante el poco tiempo que ha de estar aquí.

—Eso es muy natural, observó Julia; ¿y cuándo llega?

—Se la espera esta noche.

—Mañana, cuando ya haya descansado, hacedme el favor de pedirle permiso en mi nombre para ir á saludarla.

—Así lo haré, señorita, dijo la camarera retirándose cuando hubo terminado su servicio.

Por la noche, llegó, en efecto, la Marquesa; Julia, asomada á una ventana que daba al pátio, pudo verla, gracias á las luces que tenían los criados al derredor de la silla de posta, de la que descendió la marquesa Du-Deffant.

Era una dama de alta estatura, y que debia haber sido maravillosamente bella, á juzgar por los restos de hermosura que aún conservaba; su continente no podia ser más noble y más digno; un rico traje de camino, y una cófia de encajes, daban á su figura una elegancia que sólo podia venir de París, y que para la pobre Julia de Lespinasse, era aún desconocida.

En la vacilacion de su marcha, al subir la esca-